

Gente en la isla

Por Antonio Rojas Gómez

La Sociedad de Escritores de Chile ha organizado para mañana un homenaje a Rubén Azócar. Nada más justo. Rubén Azócar fue presidente de la SECh y a él le correspondió elegir la que hoy es la Casa del Escritor, en calle Simpson número 7, después de recorrer todo Santiago en busca de una sede adecuada. Las instituciones no pueden olvidar a quienes las dirigieron, les otorgaron fortaleza y las proyectaron a lo que son hoy. Pero el homenaje se justifica no sólo por eso. Ocurre que Rubén Azócar es una de las figuras destacadas de la literatura chilena, a la que no se le ha prestado toda la atención que merece.

Nació en Arauco el 25 de mayo de 1901, estudió en el Seminario de Concepción y luego en la Universidad de Chile, donde se tituló de profesor de Filosofía y Castellano. En 1920 publicó su primer libro de poemas, "Salterio lírico". Tenía apenas 19 años. Siguió con "La puerta" (1923) y "El cristal de mi lágrima", también poemas, en 1928. En 1931 publicó una antología titulada "La poesía chilena moderna contemporánea".

Azócar se destacó no sólo como poeta, sino como incansable luchador gremial. Participó activamente en la Alianza de Intelectuales de Chile y en la SECh. De su generosa amistad supieron todos los escritores de la época, a los que brindó apoyo y protección. Entre ellos, Pablo Neruda, de quien fue entrañable amigo.

Sin embargo el mérito literario mayor de Rubén Azócar, a mi modesto entender, lo constituye su novela "Gente en la isla". Es la gran novela de Chiloé, y una de las obras chilenas que más poderosamente me han impresionado. Con ella obtuvo el Premio Zig Zag en 1938 y el Premio Municipal de Literatura en 1939.

Hay una tremenda fuerza en sus páginas, especialmente en la primera parte. La per-

manente lucha del hombre por edificar su propio camino y alcanzar el éxito gracias a un esfuerzo que no se amilana frente a ninguna circunstancia adversa, encuentra expresión cabal en las páginas de "Gente en la isla".

Hace mucho tiempo el escritor Luciano Cruz, muerto más de veinte años atrás, me comentaba la similitud entre el personaje de la novela de Azócar y Alexis Zorba, de Kazantzakis. Este último dio origen a una estupenda película que interpretó Anthony Quinn: "Zorba, el griego". Luciano se preguntaba por qué los cineastas chilenos se empecinan en escribir sus propios argumentos para llevar a la pantalla, en circunstancias que tienen a la mano la excelente materia prima de "Gente en la isla", con escenarios natura-

les de excepción, una historia apasionante y un muestrario de tipos humanos de profundo interés.

Pero no sólo el cine puede acercarse a esa gran novela. ¿Cuántos de los actuales lectores chilenos la conocen? Por sus méritos, es una obra que debería reeditarse periódicamente, y hay ahí un desafío a nuestras editoriales. Que yo sepa, Andrés Bello aún no la incluye en su Club de Lectores, ni figura en los planes de Zig Zag, que la premió hace 56 años.

¿Por qué dejamos morir, en el olvido, las grandes obras de nuestro pasado? Hay algunos esfuerzos rescatables. Editorial Los Andes publicó no hace mucho una digna versión de "La viuda del conventillo", de Alberto Romero, y Universitaria reeditó "La chica del Crillón", de Joaquín Edwards Bello.

Haría falta que "Gente en la isla" volviera a las librerías. El homenaje que esta tarde la SECh rinde a su autor -a las 19 horas en Almirante Simpson 7- es una ocasión propicia para activar este proyecto editorial.